

en zigzag. «En cuarenta años», dijo Williams, «ha sido usted la única persona que se ha fijado en él. Mire, ahora va a cruzar el continente. Pero cuando regrese a Nueva York venga a verme, con su mujer y su hija esta vez, y será suyo. Tiene derechos sobre él». Yo me temía, más bien, que tenía muy pocos derechos sobre él, que mis palabras habían sonado meramente codiciosas.

Denise y yo regresamos caminando por la calle principal de Rutherford en dirección al autobús y pude completar para mis adentros el comentario sobre los árboles del vecindario que Williams había dejado en el aire. Las luces de neón vertían y esparcían sus colores sobre las aceras mojadas, entre edificios cuya desgarrada monotonía se tornaba aun más deslustrada y solitaria en la penumbra humedecida de finales de otoño.

Habían transcurrido tres semanas desde aquel encuentro cuando, una tarde de sábado, nos encontramos en el coche de los Lowell cruzando Boston en busca de un aparcamiento. «Dos cosas de entre muchas», decía Elizabeth Hardwick, la mujer de Lowell, «han provocado las carencias de los últimos quince años: la locura por los coches y el absentismo escolar». «Mirad», dijo Lowell mientras recorríamos la orilla del río Charles iluminado por las farolas, «ésta es más o menos la vista que se despliega desde la ventana de Olive Chancellor en *Los bostonianos*. Sí, James lo había vislumbrado todo con sus «desolados horizontes suburbanos, descortezados y encalvecidos por el rigor de la estación». Cuando luego abrí una copia de *Los bostonianos* lo que me sorprendió de la descripción de esta vista panorámica mencionada por Lowell fue hasta qué punto se parecía a un poema de Williams: «Había algo inexorable en la pobreza de la escena, vergonzante en la mezquindad de los detalles... vallas desportilladas, solares vacíos, montículos de basura, descampados salpicados de tubos de hierro, postes de telégrafos y casetas de madera vista.» Uno tiende a definir a James como un escritor en las antípodas de Williams. No obstante, algo de la poesía urbana que James atrapa con el rabillo del ojo, por así decirlo, contiene a menudo el tipo de detalles a partir de los cuales Williams puede construir un poema entero. Pienso en el capítulo quince de *Retrato de una dama*: la quietud de septiembre en una plazoleta de Londres, dos niños pequeños, balaustradas oxidadas, un imperioso buzón de correos rojo; o, asimismo, en *Los embajadores*, libro séptimo, capítulo segundo: el atardecer sobre París, un aroma de violetas, «un murmullo lejano, un repiqueteo cercano y agudo en el asfalto.» Williams hubiera confeccionado un poema coreográfico con estos detalles, «dibujando... muchas cosas rotas en un baile al darles un ser pleno».

Pensamos a menudo en Williams en el transcurso de un viaje por Estados Unidos que duró cerca de cinco meses. En el curioso laberinto de las circunstancias su nombre se anudó con la para mí antitética figura del poeta y crítico Yvor Winters. El mismo número de *Spectrum* en que ‘Translation from Sappho’ apareció lado a lado con ‘Letter to Dr. Williams’ incluía también un artículo de Donald Davie titulado ‘¿Una alternativa a Pound?’ El artículo comenzaba así: «El grupo de poetas de Stanford, creado en torno a la guía de Yvor Winters, me parece tal vez lo más interesante de la escena poética estadounidense. Mientras que otros maestros –tanto británicos como norteamericanos– han tratado de llegar a un acuerdo con el desafío encarnado por la poética de Pound y Eliot diluyéndola, amortiguándola, tomando lo que les interesa y evitando la dura realidad, Winters ha aceptado el desafío ofreciendo una alternativa coherente y deliberada, una teoría poética alternativa basada en una práctica y unos preceptos morales alternativos. Así pues, aunque puede surgir y de hecho surge más talento en otras áreas de la escena poética, es sólo en el ala poundiana (y aquí incluyo más a Charles Tomlinson que a, digamos, Louis Zukofsky) o bien en el otro extremo, en Stanford, donde uno puede esperar que el talento, de aparecer, no haya de recurrir para salvarse a improvisaciones *ad hoc*, huidas imposibles y soluciones de última hora. Es en todo punto beneficioso, por no decir irónico, que esta escuela poética singularmente tradicional y rigurosamente «clásica» se encuentre en Palo Alto, dentro de la órbita bohemia de San Francisco, cuya ingenua dependencia del impulso generoso extiende una sentencia de muerte sobre cualquier germen de poesía».

«Desde el ala poundiana...» ¿Incluía también aquí a Williams? A mi juicio, en aquel entonces, debía hacerlo. En cualquier caso, habiendo leído a Winters y juzgando provocadora la formulación de Davie, parecía absurdo estar como estábamos en California (corría el mes de diciembre de 1959) y no visitar al poeta en Palo Alto. En algún momento entre su artículo de 1957 y nuestra visita, Davie, que a la sazón impartía algunas clases en California, le había mostrado a Winters mi poema sobre John Constable. «Demasiado concreto», había sido el comentario. Pero, después de todo, yo tenía entendido que uno de sus propios poemas (‘A View of Pasadena from the Hills’) le había inspirado el mismo comentario. Valía la pena correr el riesgo de visitarle.

Los preliminares resultaron más vigorizantes que ominosos. Le expliqué a Winters por teléfono que no deseábamos abusar de su tiempo o irritar a su mujer llegando a la hora del almuerzo. «¿Mi mujer?», respondió Win-